

DOBLÓN Y POCO

– ¿Cómo de fieles son los obreros que en vuestros campos trabajan a vuestra merced, don Felipe?

– ¿A mí? A mí no me es fiel nadie, don Antonio. Mis jornaleros son fieles a su paga, a mi protección, no a mí ni a mis posesiones.

– Entonces respóndeme a esto: ¿Es vuestra lealtad a ellos mayor o menor que la de ellos a su jornal?

Felipe se acercó a la alacena del despacho en la que se encontraba una bolsa hecha de terciopelo púrpura, no sin antes resoplar. De ella sacó un escudo y 18 reales, los cuales puso en una bolsita más pequeña hecha de brizna.

– Espero que una demostración práctica le sea de más ayuda que simples palabras, amigo, pues esto es lo que le propongo a usted.

– Muy bien Felipe, sorpréndeme.

Salieron Felipe y Antonio del palacete y fueron de paseo por las colinas, no sin antes cubrir sus cuerpos de la lluvia con un paraguas de seda cada uno. Los campos verdes quedaban ofuscados por el manto de niebla que acompañaban al diluvio y cualquier piar que pudiesen haber escuchado pasaba a ser un susurro en comparación con los gritos del río, del cual se veía nada más que su orilla cercana.

Llegaron nuestros caballeros a la falda de una montaña, donde un zagal pastoreaba un rebaño de ovejas que a sus anchas pacía. Este se encontraba engullendo su condumio, sin refugio de la lluvia si no fuese por un juvenil roble bajo el cual estaba sentado.

– Que el Señor le bendiga, hijo.

– Mis señores, ¿en qué les puede servir un pastor como yo?

– He aquí nuestra encomienda, hijo. Mi querido amigo Antonio y yo hemos resuelto hacer actos bondadosos, pues Él que todo lo observa así lo demanda. Nos hemos dispuesto a ofrecerte un emolumento a cambio de un servicio. De camino hasta este prado hemos pasado cerca del río y al canto contrario se nos ha presentado una oveja aislada. Nuestra petición consiste en que incluyas a esta pobre oveja sin rebaño al tuyo antes de que quede perdida por la tormenta. Te quedarás al final de tu labor con estos dineros y la oveja que rescates.

– Su bondad no tiene límites, mis señores. Acojo el encargo con gusto.

Felipe le entregó la bolsa de brizna al joven pastor y este dejó la comida sobre una rama alta, para evitar que su ganado se la comiese y salió del poco refugio que aquel roble le daba de la lluvia. Empezaron el camino de vuelta hacia el río. Cuando su sonido volvía a hacerse

presente pudieron vislumbrar las aguas marrones llenas de ramajes y hojas que su caudal llevaba, furioso. El río, inundado por la tormenta, parecía tener una anchura de unos 100 pies. Lo que fuesen a haber visto en la otra orilla quedaba opaco tras una cortina de agua y nimbo.

– Aquí, hijo, es donde vimos a la oveja ermitaña. Debería encontrarse al otro lado del caudal.

– Pero mi señor, ¿no hay un lugar por el que pasar al otro lado del río?

– Tú mismo has visto el río, inundado y sobrecargado. Cualquier puente que hubiese estado en esta zona se encuentra seguramente hundido o hecho añicos siguiendo las aguas del río. Temo que vas a tener que cruzar nadando, hijo.

– Muy bien, todo sea por la ermitaña.

El zagal saltó al río sin pensar demasiado en el estado de este. Al principio el joven pastor caminaba, cuando el agua aún le llegaba por los tobillos y las rodillas. No fue hasta que el agua le empezó a llegar por la cintura que la corriente empezó a hacer acto de presencia en la situación. El zagal no retrocedió y más o menos cuando llevaba 10 pies recorridos, una pícaro rama decidió ser la causante de su tropiezo.

Cayó y empezó a nadar o, mejor dicho, a intentar nadar, sin mucho éxito. El pobre chico luchaba contra el agua, que ocasionalmente le propinaba golpes con los despojos de la vegetación y con las piedras que en su dirección volaban. Poco a poco era arrastrado río abajo, hundiéndose y saliendo de nuevo para tomar aire, pero impotente de hacer mucho más. Cada vez más cansado y dolido de su pelea con la naturaleza muerta, se dejó llevar, aunque no muy lejos, pues se quedó estancado en un gran árbol. Era la oportunidad perfecta para salir, pero lo único que quedaba del chico era su lomo, enredado en aquel cadáver, sin respuesta, sin movimiento.

Nuestros señores, que habían observado esta escena de principio a fin, dieron media vuelta y comenzaron su regreso al palacete.

– Bueno Felipe, lamento mucho su pérdida.

– Pero qué cosas dice usted, don Antonio, si solo era un doblón y poco.